



## Capítulo 255 - Suegra Irresistible II (R-18)

Como un poseso, Vergil empezó a moverse dentro de ella, entrando y saliendo lentamente al principio, pero aumentando el ritmo con cada embestida. El agua burbujeaba a su alrededor, salpicando el borde de la bañera mientras Vergil la penetraba cada vez más profundamente.

Raphaeline se aferró a él, clavándole las uñas en la espalda mientras gritaba de placer. Sentía su clítoris rozando su pubis con cada embestida, enviando oleadas de placer por todo su cuerpo. Su canal se abrió alrededor de su grueso miembro, desesperada por más de esa increíble sensación.

—Te gusta, ¿verdad? —le gruñó Vergil al oído, acelerando aún más el ritmo—. Te gusta que te folle.

—¡Sí, sí! —dijo ella, casi loca de deseo—. ¡Por favor, Vergil, no pares!

Él rió bajo y ronco, dándole una palmada en el trasero antes de abrazarla fuerte y penetrarla aún más profundamente. Raphaeline vio estrellas, todo su cuerpo temblando de placer.

—Tócate —intentó Vergil, con la voz ronca de deseo—. Quiero verte correrte para mí.

Con manos temblorosas, Raphaeline obedeció, frotándose el clítoris mientras Vergil la penetraba con fuerza. Cada nervio de su cuerpo ardía, listo para morir en cualquier momento.





Entonces sucedió. Con un grito ahogado, Raphaeline alcanzó el clímax, convulsionando de placer mientras oleadas de éxtasis estallaban en su interior. Vergil la abrazó mientras temblaba, prolongando su orgasmo con embestidas lentas y profundas.

Pero aún no había terminado con ella. La ayudó a ponerse de pie, la giró y la colocó en el borde de la bañera, con las nalgas hacia arriba. La penetró por detrás, hundiéndose hasta la empuñadura.

Raphaeline gritó de placer renovado, casi doblándole las rodillas. Sentía sus testículos golpeando su clítoris con cada embestida, lo que la llevó rápidamente al borde de otro orgasmo.

—Córrete otra vez —intentó Vergil con voz ronca, penetrándola aún más profundamente—. Quiero sentir cómo te expresas conmigo.

Con un gemido fuerte y prolongado, Raphaeline obedeció, temblando de placer al alcanzar un segundo orgasmo, aún más intenso que el primero. Vergil la penetró con fuerza poco después, inundándola con su semen caliente mientras gritaba su nombre.

Se quedaron así un buen rato, jadeando y temblando mientras recuperaban el aliento. Entonces Vergil la abrazó y la besó apasionadamente mientras el agua se enfriaba a su alrededor.

"Eso fue increíble", murmuró contra sus labios.

"Sí", dijo Raphaeline con una sonrisa audible. "De verdad que sí. Ahora, continúa."





Salieron del baño y se secaron, sus cuerpos aún relucientes de humedad. Vergil llevó a Raphaeline al dormitorio, la recostó en la suave cama y se hundió entre sus muslos. La besó profundamente, sus lenguas danzando mientras sus manos exploraban cada centímetro de su piel desnuda.

Raphaeline suspiró de placer, arqueando la espalda mientras Vergil pellizcaba y mordisqueaba sus hinchados pezones. Podía sentir su pene rozando contra su entrada, duro y listo para la acción. Pero Vergil parecía decidido a torturarla, enterrando la cabeza entre sus muslos y lamiendo su clítoris hinchado con largas y lentas caricias de lengua.

Raphaeline casi gritó de placer, sujetándole la cabeza con las piernas mientras él la chupaba y lamía con maestría. Sentía que otro orgasmo se acercaba rápidamente, todo su cuerpo temblaba de anticipación.

Entonces Vergil se detuvo, elevándose sobre ella con una sonrisa maliciosa. "Todavía no, mi amor", murmuró. "Quiero que te corras en mi polla".



Raphaeline gimió de frustración, pero no pudo resistir la mirada hambrienta de él. Se abrió de piernas para él, invitándolo a entrar. Vergil no dudó, penetrándola con una sola y larga embestida.

Empezaron a moverse juntos, sus cuerpos fundiéndose en un ritmo perfecto. Las manos de Vergilio sujetaron sus caderas mientras la penetraba más rápido y profundo, sus testículos golpeando contra su trasero con cada embestida.

Raphaeline sentía que su clímax se acercaba rápidamente, las oleadas de placer aumentaban con cada movimiento del pene de Vergil dentro de ella. Se aferró a él, besándolo profundamente mientras jadeaba contra sus labios.

"Córrete, mi amor", le susurró Vergil al oído. "Quiero sentirte".



Con un grito ahogado, Raphaeline llegó al clímax, convulsionando todo su cuerpo mientras oleadas de éxtasis estallaban en su interior. Vergil la penetró un instante después, inundándola con su semen caliente mientras gritaba su nombre.

Se desplomaron en la cama, exhaustos y jadeantes. Vergil la atrajo hacia sí, besándola suavemente mientras le acariciaba el cabello.

—Te amo —murmuró contra sus labios—. Lo sabes, ¿verdad?

Raphaeline lo arrulló, acurrucándose en su abrazo. "Yo también te amo", dijo suavemente. "Más que a nada en el mundo".

Se quedaron así durante mucho tiempo, perdidos el uno en el otro mientras la noche caía afuera.

Pasaron las horas.

La ciudad bajo sus pies aún rebosaba vida, las luces de Tokio centelleaban como estrellas artificiales. La ventana panorámica ofrecía una vista impresionante del horizonte urbano, un contraste fascinante con la tranquilidad que inundaba la habitación.

Raphaeline yacía sobre Vergil, con su cuerpo relajado contra el suyo. Su largo cabello negro caía en suaves ondas sobre su pecho, mientras sus dedos trazaban círculos perezosos sobre su hombro. El silencio entre ellos no era incómodo; de hecho, era cómodo, una paz inusual que nunca imaginó compartir con él.

Vergil, por su parte, tenía un brazo apoyado despreocupadamente tras la cabeza, con la mirada fija en las luces de la ciudad. Su otra mano descansaba





distraídamente sobre la cintura de Raphaeline, moviendo los dedos ligeramente, casi inconscientemente.

Luego rompió el silencio.

"Hablé con Ada antes."

Raphaeline parpadeó lentamente, todavía un poco somnolienta por el cansancio.

"¿Hm...? ¿Sobre qué?"

Él giró ligeramente la cabeza para mirarla antes de volver a mirar hacia la ventana.

"Le dije que comimos ramen".

El cuerpo de Raphaeline se tensó levemente por un instante antes de soltar un pequeño suspiro de derrota. Escondió el rostro contra su pecho, murmurando algo ininteligible.

Vergil arqueó una ceja, divertido. "¿Qué fue eso?"

Suspiró una vez más antes de finalmente levantar su rostro para encontrarse con el de él, sus ojos lilas brillando levemente en la suave luz de la habitación.

—Te das cuenta de lo que has hecho, ¿no? —murmuró.





"Explicámelo", respondió simplemente, con una voz cargada de una calma provocadora.

Raphaeline cerró los ojos un momento, intentando armarse de paciencia. «Ada me va a atormentar por esto. Sabe que llevo años evitando comer ramen. Ahora pensará que actúo... diferente».

Vergil finalmente la miró directamente, sus intensos ojos azules sostuvieron su mirada por un momento demasiado largo.

"Pero lo eres", afirmó sin rodeos.

Raphaeline parpadeó, sorprendida por la repentina franqueza.

Levantó una mano, apartándole un mechón de pelo de la cara antes de continuar: «Me arrastraste a una cita, insististe en que la disfrutara, y ahora estamos aquí».



Ella se mordió el labio ligeramente y miró hacia otro lado por un momento antes de responder.

"¿Y eso es malo?" Su voz salió más suave de lo que pretendía.

Vergil no respondió de inmediato. En cambio, deslizó la mano por su rostro, recorriendo su mejilla con los dedos antes de posarse en su nuca, sujetándola con firmeza pero delicadeza.

"No", dijo finalmente.



El silencio los llenó de nuevo, pero esta vez fue diferente. El corazón de Raphaeline latía un poco más rápido, pero se negó a apartar la mirada.

Después de unos segundos, dejó escapar una risa suave.

—Entonces... si Ada pregunta, ¿le dirás que soy una mujer cambiada?

Vergil esbozó una pequeña sonrisa, esa rara que aparecía sólo en los momentos más inesperados.

—No —dijo con calma—. Voy a decir que por fin te has decidido.

Raphaeline se rió de nuevo, pero esta vez no había nerviosismo, solo algo genuinamente feliz.

Ella suspiró y apoyó la cabeza nuevamente en su pecho, escuchando el sonido tranquilo y rítmico de su corazón.

"Tal vez tengas razón", admitió suavemente.

Vergil no respondió, solo deslizó sus dedos por su cabello distraídamente mientras continuaban observando la ciudad.

Vergil permaneció en silencio por unos momentos, observando las luces parpadeantes de la ciudad antes de hablar.

"¿Por qué evitaste comer ramen?" Su voz era baja, casi casual, pero había un sutil peso en la pregunta.







Raphaeline, que hasta entonces había permanecido cómodamente tumbada sobre él, se tensó ligeramente. No respondió de inmediato; sus dedos trazaban suaves líneas sobre su piel, como si estuviera organizando sus pensamientos.

Finalmente, suspiró.

—Porque me recuerda a mi madre. —Su voz sonó más suave de lo habitual, casi melancólica.

Vergil frunció el ceño ligeramente y esperó a que ella continuara.

Raphaeline apartó la mirada, fijando la suya en un punto de la ventana. «De pequeña, mi madre me preparaba ramen. Era la comida que más me gustaba, porque significaba que estaba en casa, que todo estaba bien».

Sonrió con nostalgia. «Siempre decía que el secreto de un buen ramen no solo estaba en el caldo, sino en el cuidado con el que se prepara».

Virgilio permaneció en silencio, sólo escuchando.

Raphaeline tragó saliva antes de continuar. «Pero cuando murió... fue demasiado doloroso».

Su cuerpo se puso rígido por un momento y Vergil sintió la ligera oscilación de su respiración.

Después de que se fue, volví a intentar comer ramen, pero no era lo mismo. Por muy bueno que estuviera, por muy perfecto que supiera... solo me recordaba su ausencia.







Ella sonrió con tristeza. "Así que paré. Pensé que sería más fácil así".

Vergil la observó atentamente, su mirada penetrante capturando cada matiz de emoción en su rostro.

Lentamente deslizó su mano hacia arriba para agarrar suavemente la barbilla de Raphaeline, obligándola a mirarlo.

"¿Y hoy?" preguntó simplemente.

Ella parpadeó, sorprendida por la pregunta.

"¿Y qué tal hoy?"

—Comiste —dijo—. Y te veías feliz.

Raphaeline se mordió el labio, pensando por un momento antes de suspirar.

"...Supongo que, de alguna manera, ese día fue diferente."

Vergil mantuvo su mirada fija en ella por unos segundos más antes de soltarle la barbilla y volverse hacia la ventana.

—Quizás porque no estaba solo —comentó con voz neutra pero cargada de significado.





Los ojos de Raphaeline se abrieron por un momento antes de que una pequeña pero genuina sonrisa se formara en sus labios.

—Tal vez —murmuró ella, acurrucándose contra él.

Sintió que debía decir algo para al menos consolarla. «Entiendo la situación», dijo.

Ella permaneció en silencio, simplemente escuchando. "De joven, cuando murió mi padre, dejé de jugar al béisbol y rompí todo lo que me lo recordaba". Habló con pesar, pero para él... "Pero hoy, después de despertar a mi madre... descubrí que era un impostor, solo una ilusión mágica o algo así".

"Maldito Sepfiroti..." murmuró Raphaeline.

—No, no pasa nada... Te entiendo un poco. Tuvimos mucho tiempo para hablar mientras entrenábamos. —Sonrió, sin arrepentirse.

"Aún así..." murmuró ella...

—Aun así... creo que debería salir con Ada un rato. —Dijo—: Ya es hora de que seas su madre, ¿no crees? —Sonrió.

